

“Palabras sensatas de un gran estadista”

El Diario, 2 de agosto de 1933, p. 3.

El primer Ministro de Italia, Benito Mussolini, acaba de recibir en el Palacio Venezia a 250 italianos residentes en la Argentina, Brasil y Uruguay, que concurrieron a Roma. Esa visita al Duce estaba comprendida en el programa de actos. De ahí que se haya realizado guardando las formas protocolares. La trascendencia de ese acto se deduce del discurso pronunciado por el gran estadista europeo, pleno de conceptos juiciosos y subrayado, a las veces con ideas modernas, de aplicación necesaria y urgente. Orgulloso de su pueblo, el Duce volvió a ponerlo como ejemplo, destacando en términos emotivos estas características que son, sin duda las más salientes:

“Ya he enseñado a los italianos a trabajar, si es necesario, 25 horas diarias y os puedo asegurar que en la Italia fascista no hay nadie que trabaje mirando el reloj para ver cuando concluye la jornada.

Por esto Italia es cada día más poderosa, pues si bien por su población es la cuarta potencia europea, es la primera, en cambio, por su disciplina.

El porvenir de los pueblos en estos momentos difíciles en que las naciones sienten sus cuerdas vitales tendidas hasta el espasmo, el vencer las dificultades está reservado sólo a los DISCIPLINADOS”.

He ahí la palabra de un estadista que mediante una orientación firme y continuada, ha sabido y ha podido elevar a su pueblo, disciplinándolo en el trabajo, avivando sus sentimientos patrióticos e inculcándole conceptos que cada uno ha realizado sin más norte ni más fin que servir a la patria contribuyendo a su engrandecimiento.

Es evidente que si no prima la disciplina, no hay actividad fructífera. No es admisible la disgregación cuando se trata de defender el bien común: la nación, la patria, el Estado, la misma soberanía. Tampoco es admisible que las colectividades se dividan en fuerzas contrarias, tirando cada una para su lado, sin obedecer más que a sus instintos o, lo que es lo mismo, sin responder a los dictados del orden, a una orientación fija, a una disciplina bien orientada.

El ejemplo de Italia, en este sentido, es digno de destacarse. Y lo es más por ser exacto que se ha conseguido la unidad, la unificación del esfuerzo gracias a la inteligente energía y a las rígidas normas puestas de manifiesto por aquel extraordinario gobernante.

De ahí que debamos aceptar como sensatas y ejemplarizantes las palabras del Duce pronunciadas en ocasión de la visita que le hicieron en Roma los residentes italianos que procedían de América, continente que, en general, necesita vivificarse con las normas de actividad, de disciplina y de patriotismo semejantes a las que el Primer Ministro de Italia supo inculcar en cada uno de sus conciudadanos.